



Barney Rogers

MANUEL
ROJAS

OBRAS



ALGO SOBRE MI EXPERIENCIA LITERARIA
CHILE, PAIS VIVIDO
CUENTOS
LA CIUDAD DE LOS CESARES
LANCHAS EN LA BAHIA
HIJO DE LADRON
SOMBRAS CONTRA EL MURO

Prólogo de
JORGE CAMPOS



TOLLE, LEGE

AGUILAR

PROLOGO

MANUEL ROJAS es un escritor cuya obra posee absoluta coherencia y, al mismo tiempo, es inseparable del hombre que la ha creado. Con todo rigor puede hablarse de un mundo—con sus límites temporales, de espacio, de dimensiones sociales—al que ha dado existencia literaria y que corresponde al que ha vivido o, dicho de otro modo, de un narrador que antes de escribir se ha vuelto hacia dentro de sí mismo y ha encontrado en sus experiencias y recuerdos lo que él mismo se exigía como materia novelable.

Chileno—su nacimiento y estancias en Argentina no llegan a provocar discusiones, que zanjarían la temática y situación de su obra—, ha hecho un corte en la realidad de su país para ofrecernos una muestra de lo que la zona examinada le descubre, no como podría verla desde fuera, sino sentida desde el interior de ella, como uno más de los que la forman.

La zona de elección no corresponde a razones geográficas, como había acontecido hasta entonces en la novela de su país, sino que abarca un sector social, amplio, pero de gran unidad, el de los que se agolpan en los conventillos o viven aislados al margen de las concentraciones urbanas, el de las gentes a quienes el trabajo apenas da para vivir y con frecuencia sufren la injusticia o, lo que es peor, la cruel indiferencia de las leyes.

Gentes que no se encuentran acomodadas en la sociedad y que buscan salvación espiritual en idealismos más o menos orientados hacia lo utópico, cuando no una solución inmediata en la bebida, la violencia o el robo.

Sector que abarca sólo una parte de la sociedad y de la vida chilenas, aunque es inseparable de ellas: los conventillos, las calles suburbanas, los campamentos de obreros que construyen ferrocarriles.

Zona en que la poderosa naturaleza que dominaba la novelística anterior queda generalmente alejada por el más próximo horizonte de muros, ventanas, patios. Zona, hay que repetirlo, que no ha sido elegida por el novelista con fines estéticos, sino que es aquella en que le fue deparado vivir.

Su infancia y adolescencia transcurrieron en un trasiego entre Argentina y Chile. Nació en Buenos Aires el 8 de enero de 1896, hijo de chilenos—de Santiago, su padre, y de Talca, su madre—y chileno él mismo por considerarle así la Constitución vigente en Chile, en atención a la nacionalidad de sus padres.

A poco de cumplidos los tres años, apenas abiertos sus ojos a la contemplación del mundo, es llevado por el camino que cruza los Andes, imprimiendo en la mente del niño la extrañeza del viaje a lomos de una mula y la imagen de un camino entre dos blancas murallas nevadas.

Los años de aquella primera estancia en Chile le iniciarán, ya para siempre, en la contemplación de ese extraordinario calidoscopio de tipos y escenas que le ha rodeado. Entonces no podría ocurrírsele compararlas con las brillantes y movedizas bolas de vidrio de un saco en que al niño le agradaba meter las manos para alzarlas cargadas de ellas y dejarlas caer. Esto ocurría en la modesta tienda que habían puesto sus padres. Allí

estaba, no menos varia y atrayente, la calle: el tipo más extraño y recordable era un indio fueguino; abundaban los borrachos, muchos borrachos—quizá mejor sería decir borrachines—, dejando correr los días desde la puerta de las cantinas. «¿Eran mendigos? ¿Eran ladrones? ¿Eran simplemente vagos, enfermos de algo? Quizá de todo un poco. Algunos eran, de seguro, trabajadores, peones, pero no se diferenciaban gran cosa de los otros.» En todo caso, aquel mundo que impresionaba al niño es el que más adelante daría nacimiento al novelista.

Alrededor de 1903 volvía a cruzar el impresionante paso andino, acompañando ahora a su madre, viuda, que creía contar en la capital argentina con ayuda para salir de su crítica situación. Se instalaron en el barrio de Boedo, donde el campo limitaba a la ciudad, en un medio de gentes humildes. La vida de la truncada familia no es fácil, la madre trabaja, el niño juega. Un gran alfalfar, frente a la casa, le enseña la rotación de estaciones y mil pequeños prodigios de la vida campestre. Luego otra casa, también humilde, de un piso. En este tiempo asiste irregularmente a varios colegios, no siempre buenos, hasta que ha de contribuir a la vida familiar trabajando en las menudas ocupaciones que le permite su edad: de recadero en una sastrería para ir iniciando, al tiempo, un aprendizaje que no pasa de quitar hilvanes y pegar botones; luego, también de recadero en una agencia... La calle ya no es sólo el lugar de juegos frente a la casa donde se vive. Se alarga en cien ramas y recovecos, se convierte en algo a lo que hay que vencer, pero que también amplía sus maravillas si se sabe verlas. «Nací y viví durante muchos años en barrios pobres (algunos, más que pobres, miserables), y por eso quizá me atrae la pobreza, su impresión, lo que sugiere y lo que puede sugerir.» Vida de infancia que su

buena memoria le ha conservado en una gran parte y aparece una y otra vez en sus novelas. Tan enraizados están los argumentos de éstas en su propia vida, que no se comete ninguna falsedad arrancándoles alguna cita: «A pesar de todo, mi infancia no fue desagradable; no lo fue y estuvo llena de acontecimientos apasionantes, aunque a veces un poco fuertes. La casa estaba siempre limpia, ya que mi madre era una prodigiosa trabajadora...»

La madre se traslada a una capital de provincia, Rosario. Sin duda la mudanza obedecía a la esperanza de una situación económica más estable. El niño asiste dos años seguidos a un centro de enseñanza, donde puede estudiar más disciplinadamente que hasta entonces. También se produce un hecho que podríamos considerar esencial en el inicio de una vida que habrá de orientarse hacia la literatura. El mismo la ha narrado:

«Al muchacho, si no escolar bien orientado, sí apasionado lector de cuanto encuentra, le llama la atención desde un escaparate la cubierta de un libro. Un salvaje se detiene en plena carrera, alcanzado por una flecha en el cuello (no en la espalda, como él recuerda). Azules, amarillos. Un día y otro, la contempla y repite las palabras que anuncian autor y título: Emilio Salgari. Devastaciones de los piratas.»

Al fin un día, después de un voluntarioso ahorro, reúne el dinero necesario y el deseado libro pasa a su poder. Sus páginas le permiten evadirse de los poco gratos trabajos cotidianos. Ha descubierto el fabuloso mundo de la novela.

En su obra, aparentemente tan poco evasiva, tan próxima a lo real, podría hallarse la huella de aquel empujón inicial. No sólo en el hecho de haber escrito un relato de aventuras, La ciudad de los Césares, sino en

más de una alusión a «Sandokan, sus diablos negros, sus piratas», pruebas de la huella dejada por la frecuentación del escritor italiano y la admiración que se apoderaron de él en aquellos días.

Algún tiempo después, una buena señora vendría a darle el segundo empujón, descubriéndole los suntuosos o míseros escenarios del folletón. En lo urbano, en lo próximo, tras las paredes de las mansiones opulentas o moradas miserables, podía ocultarse un mundo de misterios. El mundo novelesco no necesitaba de playas exóticas. Aquellas gentes del pueblo que poblaban los novelones, ¿no se parecían a los que él había contemplado curiosamente en los diversos barrios pobres en que había vivido? Sus silencios, sus horas de inacción a la puerta de los establecimientos de bebidas, ¿no podían ocultar una vida secreta como la recogida por las novelas? ¿Pasaría cosas como aquellas tras los muros de las casas de los ricos, a las que no tenía acceso?

La casa, la señora y la escena, con sus diálogos, más o menos fielmente reconstruidos, aparecerán más tarde en su mejor novela. El protagonista afirma, con frase que bien pertenece al novelista: «Ciudades, ríos, lagos, océanos, países, costumbres, pasiones, épocas, todo se me hizo familiar.»

Rosario no debió de proporcionar la solución soñada. En 1910, madre e hijo se hallan instalados en Mendoza. Nuevo correr de trabajos: carpintero. El muchacho crece, los compañeros de trabajo le hacen familiares los cafés cantantes, conoce el prostíbulo y un mundo donde se mezclan obreros, jugadores y ladrones.

Entre aquellos hombres también hay algunos a quienes apasiona la lectura. El horizonte le abre dimensiones infinitas. En los libros encuentra amigos y maestros: Eduardo Zamacois le presenta un reflejo de seres

y hechos cotidianos que le parece la más fiel expresión posible de la realidad. Vargas Vila le deslumbra con su barroca rebeldía chispeante de poesía. Victor Hugo, con La leyenda de los siglos, le sume en idolatrada admiración.

Pero también hay otros libros que hablan de un mundo mejor. Folletos y publicaciones baratas que se leen febrilmente y provocan apasionadas discusiones. La emigración italiana y española de aquellos años ha llevado hasta allí a muchos convencidos del anarquismo.

Son momentos decisivos en su formación. Lecturas y gentes igualmente diversas unas que otras cruzan por su vida. Trabaja un tiempo con una compañía de ópera como comparsa, es electricista, acarreador de uva y peón o ayudante de carpintero en las obras del ferrocarril trasandino, en la cordillera. Allí convive con otros obreros anarquistas, y un buen día de 1912 se vuelve a Chile pasando las montañas a pie o aprovechando el paso de trenes, colgado de un estribo o refugiado en el interior de un vagón de reses. Impresiones inolvidables de las que dejaría fe en el cuento titulado Laguna y en algunas páginas de Hijo de ladrón.

En Chile encuentra alguna ayuda y se mueve con facilidad entre grupos anarquistas. Empieza a dar salida a la vocación literaria que comienza a animarle. Lee cuentos en veladas, y publica en periódicos editados por sus amigos de ideología.

Son las horas de su entrega ferviente a las letras. Pasa horas y horas de lectura en la Biblioteca Nacional. Algunos días no come, pero lee y escribe sin descanso. El poeta José Domingo Gómez Rojas—a quien recordaría en la novela Mejor que el vino—le anima. Sus compañeros, aquellos hombres para quienes la lectura es un sedante en su existencia, le aplauden y estimulan.

En alguna ocasión surge la polémica. Vargas Vila y otras lecturas modernistas se hallan en el fondo de su formación y defiende la necesidad de una intención artística en la obra literaria. Algunos de sus compañeros le reprochan esa desviación. La poesía se le ofrece como vehículo para sus anhelos literarios y lucha tenazmente con la forma para dominarla. El resultado es que va conquistando un puesto de poeta.

Pedro Prado reúne en 1917, en su revista Los Diez, una «Pequeña antología de poetas chilenos». Allí aparece su soneto Gusano, que en su perfección formal y su contenido simbolista parece marcarle la orientación que seguiría toda su vida:

*Teje serenamente, sin soberbia ni orgullo,
tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor...*

Mientras, sigue su existencia asendereada, pintando casas y carruajes, trabajando de vigilante nocturno en el puerto, actuando como apuntador teatral... En 1921 pasa a Argentina y Uruguay con una compañía de comedias. Al llegar a Mendoza reanuda el trato con su antiguo amigo el tipógrafo Lauretti. Un número de la revista Ideas y Palabras recoge, con el título de Poéticas, sus poesías. En una de estas correrías teatrales, en 1922, la compañía le deja anclado en Buenos Aires. Decide quedarse.

En este momento se va a iniciar la vida del narrador Manuel Rojas. Escribe un cuento, Laguna, que obtiene el segundo premio en un concurso convocado por el periódico La Montaña. En él, un roto, un humilde trabajador, protagonizaba la vida de un grupo de chilenos, entre los que se descubría fácilmente al propio autor, adolescente, cuando hacía su «aprendizaje» de hombre. El escenario es el sobrecogedor anfiteatro de montañas,

cubiertas de nieve, de estremecedora aridez, donde trabajó de peón. Hay en el cuento los elementos exigidos por un relato al modo realista, en la escuela de la naturaleza, que enfrenta al hombre con el paisaje, antagonista hostil que acaba por vencerle, con la fuerza del viento, la nieve y la cordillera. Sin embargo, en el cuento los hombres no son absorbidos, sino que a pesar de su pequeñez mantienen la grandeza de su condición.

Pocos meses después otro concurso, esta vez de la revista Caras y Caretas, vuelve a destacar su nombre con un premio, el cuento El hombre de los ojos azules, que luego cambiaría de título—Estampas de la Patagonia—y no recogería en sus Obras completas, probablemente por acusar una influencia muy directa de los en algún caso deliciosos Bocetos californianos, de Bret Harte.

El camino de la literatura parece abrirse claramente, pero la necesidad de trabajo sigue zarandeándole. En 1924 se halla de nuevo en Chile. Su profesión a partir de este momento le acerca también a la literatura. Su incesante intercalar experiencias propias nos hará conocer estas jornadas en otra de sus novelas. De plegador en una imprenta había pasado a linotipista, trabajo especializado, mejor pagado que sus empleos anteriores. Su relación con anarquistas le pone en peligro de ser deportado por no estar en regla sus documentos personales. En el año 1927 llega hasta el norte de Chile en una gira teatral. Va recorriendo su país en todos sus rincones y aspectos, siempre desde una modesta posición social, conociendo a los hombres y cargándose de experiencias que van aflorando ya en los cuentos que escribe en este período.

Los dos premios logrados con tan aparente facilidad le animan a escribir nuevos relatos. En 1926 es cuando



Manuel Rojas, en 1926.

los lectores chilenos pueden empezar a conocer a este nuevo cuentista. La «Colección Selecta», en su número 9, publica *El hombre de los ojos azules*, y la editorial Nascimento saca a los escaparates un libro, *Hombres del Sur*, que prologa Raúl Silva Castro, y que a los dos cuentos premiados—cambiado de título el segundo por *Legendas de la Patagonia*—reúne *Un espíritu inquieto*, *El cachorro* y *El bonete maulino*. En todos ellos—todavía primerizo alguno, antologizable algún otro—hay ya las condiciones básicas de lo que el novelista Manuel Rojas llegaría a ser. Ahora, ya con el trazado temático y estilístico de la obra posterior, es fácil señalar lo que en ellos había de su original modo de captar la experiencia vivida y lo que pertenece a unos modelos o una tradición literaria voluntariamente elegida. Se ha hablado de Maupassant y de Chejov. No es extraño. El narrador que deja atrás las seducciones del Modernismo pone los ojos en la escuela realista.

Nuevos cuentos en 1929. El libro *El delincuente* recoge algún otro de sus mejores relatos breves: *El bonete maulino*, novela corta más que cuento, con un tema tan propio de Perú o Chile como es el del alzado, el hombre que «se echa al monte», en expresión española, en el que se intercala otra historia de un bandido. *El delincuente*, ambientado en un conventillo, en una de esas casas de vecindad pobres, en las que había vivido. Como un fragmento arrancado a la realidad, el borracho robado, el ladrón y los denunciantes aparecen envueltos en una tristeza que rodea sus vidas; *Un ladrón y su mujer*, germen de la idea—la familia del ladrón—de su gran novela posterior. Tipos, los de estos cuentos, ya con las características de los hombres y mujeres que pueblan su obra. Gentes, por una u otra causa, desamparadas,

sin ayuda, de las que precisa: «Nadie puede hacer nada sino ellos mismos.»

Realismo, algún resabio costumbrista, no siempre la fuerza conseguida en Laguna, aunque hay piezas tan notables como El vaso de leche, cargado de una ternura que no incurre en sensiblería por la verdad de perso-



Manuel Rojas contando algo.

najes y ambiente, virtudes que también encierran Un ladrón y su mujer o El delincuente.

Este último cuento obtuvo el Premio Atenea en 1929, el mismo año del fallecimiento de su madre, su compañera de cambios de vivienda, la que le contara de muchacho tantas historias, una de ellas aquel Bonete marino, uno de los cuentos que estaban asentando su fama de escritor.

En 1932 está fechada su primera novela, Lanchas en

la bahía. Un relato largo. El escritor elige un momento de su ajetreada vida, el que pasó en el puerto de Valparaíso como guardián nocturno. Aquellas gentes marineras eran algo extraño en su vida de hombre del interior, y probablemente por eso se le ofrecían más novelables.

Ha vuelto al propósito de su cuento Laguna: narrar su aprendizaje de hombre. El ambiente y la condición humana predominan sobre la fórmula de las escuelas realista o naturalista. Las tesis quedan aparte. El hombre que trabaja o se mueve, defendiéndose, en torno al mundo del trabajo, es zarandeado por el medio o las circunstancias. Estas son las que pueden llevarle—con la misma facilidad—a la prostitución o la cárcel. En una de las lecturas de aquellos anarquistas, Kropotkin, puede leerse: «El pueblo sufre y pregunta: ¿Qué hacer para salir del atolladero?» Esa pregunta gravita ya sobre alguna de estas gentes que Rojas nos da a conocer. Pero él, el novelista enemigo de fantasías utópicas, no quiere darnos soluciones. Simplemente nos describe el atolladero. O, mejor, alguna de las formas del atolladero.

La entrega al propósito de dar expresión literaria a lo vivido influye sobre el estilo. El novelista inicia ya decididamente su propio modo de hacer. Van quedando atrás las influencias iniciales. Predomina cuanto signifique ir directo, ya sea al tema, a la descripción o a la frase.

Todavía publicaría, en 1934, otro libro de cuentos: Travesía. Historias de asaltantes de caminos, de gentes que viven en la selva, de jugadores o misioneros en lugares perdidos, de pendencias en un prostíbulo... Algunos, con recuerdo de la conseja o el cuento folklórico. Otros, con el trazo directo de lo visto u oído contar a

quien lo viviera: Bandidos en los caminos, Canto y baile, Poco sueldo.

La ciudad de los Césares, en 1936, es una incursión en la novela imaginativa, de aventuras. Algo así como un proceso purgativo de la dosis de Salgari que podía tener enquistada el novelista. Escrita a medida que se iba publicando en el folletín del periódico Mercurio, tiene como escenario la Tierra del Fuego, donde viven indígenas a punto de extinguirse, y en que sitúa una «Ciudad de los Césares» tan fantástica como la que en el pasado buscaron los españoles, lugar oculto «perdido en un rincón imaginario de la cordillera al Sur». La vieja novela de aventuras a lo Salgari se vestía con una sencillez narrativa, realista, en trozos de conversación, o rápidas descripciones, en un modo que recuerda el narrar barojiano. El interés se mantiene y la novela responde a una modernización del género. Pero no era ése su camino.

El periódico va resolviendo su vida y comenzando a fijar su inadaptación. Trabaja de linotipista, pero también es redactor. En 1928 obtiene un puesto en la Biblioteca Nacional. Luego es director de las ediciones de la Universidad de Chile y cultiva con regularidad el periodismo.

Toda la obra anterior parece venir preparando un libro, la novela que se alza en el centro de cuanto ha escrito: Hijo de ladrón, publicada en 1951. Dos ediciones en un año, otra dos años después, otra al siguiente. Sólo uno más se necesitaría para que aparecieran traducciones al inglés, italiano y alemán. Luego vendrían la yugoslava, otra inglesa, portuguesa: Chile—las letras hispanoamericanas—tiene en él una de sus grandes figuras.

El ladrón y la familia del ladrón le venían llamando la atención desde hacía mucho tiempo. Nos lo descu-

bren sus primeros cuentos. ¿Por qué? ¿Quizá por la contemplación, desde muy niño, de hombres entregados a esa profesión prohibida? ¿Por la observación de que nada externo los diferenciaba de los demás hombres que conocía? ¿Jugaba con niños de los que se dijera que su padre era ladrón? «El ladrón es un profesional como cualquier otro, que cae en la cárcel así como un carpintero se cae de la escalera», definió por entonces Manuel Rojas.

Lo que levanta la novela a alturas de universalidad es la caída de las culpas del delincuente sobre el niño. La sociedad se defiende del que no respeta sus leyes. El que roba es separado de ella, pero los hijos reciben sobre sí todo el peso de las culpas. El protagonista de la novela, el «hijo de ladrón», es un máximo caso de algo que gravita sobre los personajes de Rojas: el desamparo.

Casos así dieron lugar a la novela picaresca: el niño en individual defensa de su vida, el mozo de muchos amos. Pero los tiempos son otros. Tres niños, disuelta la familia, quedan abandonados. La única perspectiva a la vista es la que les da un policía: «Vean modo de arreglárselas solos y como puedan.» Solos y como puedan. Esa es la raíz de la novela, la historia de esos chicos, especialmente de uno: Aniceto Hevia.

El tema podía ser nuevo, pero no lo era menos el estilo. Las frases, breves, nerviosas, evitaban toda divagación. La acción se cortaba, volvía atrás a recordar un episodio ya conocido. En el entrecortar de frases y acciones, el diálogo viene a acentuar las cualidades de lo real y lo psíquico, se transmuta en monólogo interno o nos da una rápida imagen impresionista. Y en torno a las idas y venidas de la gente con que el hijo del ladrón se encuentra hay un ambiente tan exacto y auténtico como el que el autor ha vivido y expresa ya con

personalidad, dominadas las posibles influencias marcadas por el aprendizaje.

Hijo de ladrón había descubierto al novelista maduro. Fiel al modo de novelar conseguido, como fiel a una vida de la que no se arrepiente, vuelve a sacar a luz a su protagonista, Aniceto Hevia, en Mejor que el vino (1958), Sombras contra el muro (1966), en nuevas reconstrucciones de pasajes de su vida, que hallamos también en Punta de rieles (1960) y La oscura vida radiante, fechado en 1970. El reconocimiento oficial de su valor llegó en 1957 con la concesión del Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra.

Una bibliografía completa de Manuel Rojas exigiría citar los libros de poesía—Tonada del transeúnte (1927), Deshecha rosa (1954), la recopilación de artículos De la poesía a la Revolución (1938)—y los libros de viajes—Pasé por México un día (1965) y A pie por Chile (1968?).

* * *

La obra de Manuel Rojas aparece situada en el umbral de unos tiempos nuevos en la narrativa hispanoamericana, aquellos que señalan un desvío del que parecía enfoque ineludible, el del nativismo y criollismo en que se hacía presente con su fuerza impresionante la gran escenografía telúrica de la Naturaleza americana y se gritaba con pasión y angustia el dolor y la injusticia social en que vivían envueltos los indígenas.

A Rojas no le han importado ni escuelas ni tesis previas. Ha dado forma narrativa a sus experiencias. Primero surgieron en alguno de los relatos breves, y luego sirvieron de motivo para las novelas largas. El éxito de Hijo de ladrón le confirmó que había hallado su camino y que lo que a él le había ofrecido la vida, tal como se

le ocurría contarlos, era interesante para otros hombres, y no sólo los grupos de obreros chilenos que habían acogido con aplauso sus primeros escritos.

Sin poder salir del realismo—la más real de las realidades, sufrida en su propia carne, se hallaba en el fondo de sus temas—no se le podía encasillar en las llamadas escuela naturalista o realista. Su falta de una formación disciplinada inyectaba un aire nuevo en sus relatos. Al ocuparse de él la crítica y elogiar sus primeros cuentos, alguien soltó como reparo «carencia de estilo». Es curioso recordar que el mismo hecho ocurrió en España ante los primeros libros de Baroja, cuando en sus primeras novelas, en la trilogía *La lucha por la vida*, siente simpatía por medios humanos y sociales semejantes. Con la diferencia de que el joven burgués noventaiochista se asoma a un mundo ajeno por el que siente atracción y el chileno humilde, zarandeado ya por la vida, cuenta experiencias propias.

De todos modos, podría señalarse más de un parentesco entre ambos. Como podría encontrarse con Panait Istrati, con Carranque de Ríos o con toda obra novelística que en nuestro siglo ha buscado un modo sencillo de hacer presente la realidad, lo que podría llamarse neorrealismo si el término no resultase impreciso.

Ese apartamiento de cuanto pudiese significar folklorismo o costumbrismo literarios hace que en sus descripciones huya de lo pintoresco y que el lenguaje que emplea sea sencillo, sin el recargamiento de un vocabulario desbordado por dialectismos ni afanes de recoger hablas regionales con fidelidad a lo fonético.

Quienes viven en las páginas de Manuel Rojas son hombres, mujeres y niños, sin desarraigarse del ambiente en que transcurre su existencia: el trabajo, los ocios, los dolores, el cansancio o la angustia. El hombre de

sus cuentos y novelas nunca deja de formar parte de una comunidad. Todos viven en aquel medio en que les ha correspondido nacer.

No puede intentarse la comprensión de su obra sin que surja el calificativo «humano». Los seres que pueblan sus novelas están vistos con una mirada que descubre su simpatía. Cada uno de ellos, por separado, se hace comprender y vemos una conmisericordia indulgencia sobre sus torpezas, sus equivocaciones y aun sus crímenes. No son ellos, es el mundo que forman el que resulta malo. Por eso resultan perdonables. Querían salirse de ese medio, no ser carne de novela de Manuel Rojas, pero no pueden o no saben. Pesan sobre ellos muchos males, que en su variedad y dispersión encubren una estructura de la sociedad en la que les ha tocado el nivel más bajo, y que alguno advierte como «lo inacabable» de la pobreza.

Son gentes que vistas de cerca ganan en calidades humanas. Rojas no es un moralista ni un predicador. Se limita a mostrárnoslos, y en su ternura le vemos preferir a los más desgraciados, a los más humildes. En algún lugar le hemos sorprendido una declaración acerca de sus preferencias. Decía así: «El material humano perdido, ese material que nadie se preocupa de preparar para que sirva de algo.»

Manuel Rojas ha sido fiel a sus años de infancia, a los recuerdos de sus padres, a los compañeros de los días juveniles, extraviados en acciones o ideas, perdidos en lo anónimo. Todo ello ha constituido el mundo de sus novelas agolpándose, sin rigor cronológico, en torno a un personaje casi central como es Aniceto Hevia, que tanto tiene del propio Rojas.

Apenas con un remedo de hogar desde niño, Aniceto —o Manuel— se han tenido que enfrentar con la vida

Han descubierto que es dura y difícil, pero que también tiene dulzuras y protecciones inesperadas. Mundo adelante, los dos nos dan a conocer la existencia del que busca su solución en muchos oficios: carpintero, peón en la cordillera andina, apuntador en compañías teatrales, trabajador de muelle, linotipista... Una verdadera saga del trabajo en torno a un héroe que no pretende serlo. La idea última de donde arranca la serie novelesca es bien sencilla. Repitémosla con palabras del propio Rojas: «Un viaje que ha hecho un individuo por la tierra y el tiempo, por su ciudad o su propio panorama afectivo.»

JORGE CAMPOS.

N. del E.

Manuel Rojas no podrá ver esta edición española de sus obras; falleció en marzo de 1973.